

Prensa y poder: veredas distintas

Ana María Cañizares

Hay relaciones que deben procurar siempre la distancia, aunque tengan que ineludiblemente convivir de forma tácita en la historia cotidiana de un país. La relación de la prensa con el poder no puede entenderse de otra manera que con distancia y eso no significa que la una deba prescindir de la otra o que

anden por la vida como si no se conocieran. Al contrario, es precisamente la forma más coherente de convivencia para dos sectores que deben mantenerse en andariveles distintos, que no se mezclan en la misma alineación, que no pueden ser amigos y que deben marcar muy bien su espacio.



A eso se suma que la razón de ser de la prensa es la de cuestionar, investigar, informar y revelar todo aquello que al poder de turno le incomoda o sencillamente no le gusta. Y es allí donde no se puede cruzar ninguna línea roja ni entablar algún tipo de relación que a la vuelta de la esquina

desencadene en un serio conflicto de interés.

Que un periodista cuide sus fuentes de información y las pueda cosechar con el tiempo no quiere decir que mañana no cuestionará en sus reportajes a aquellas fuentes. Lo importante es asimilar con absoluta convicción que su rol de servicio a la sociedad es la prioridad siempre.

Un periodista debe tener la capacidad para reportar con dureza sobre cualquier tema relacionado a una institución, una autoridad o una persona determinada si sabe ponerse primero la camiseta del periodismo y comprender la importancia que tiene su trabajo para la sociedad que lo lee, mira o escucha. Las individualidades o agendas personales no son consecuentes con el oficio.

Periodistas, no relacionistas públicos



Hace pocas semanas el presidente Guillermo Lasso afirmó que la prensa únicamente informa sobre lo malo y no sobre lo bueno que hace su gobierno. Una declaración bastante repetida por parte de los tres últimos mandatarios que ha tenido el país.

Lasso asegura que la prensa quiere “acorrarlo” con titulares que cuestionan su tarea sin tomar en cuenta que los periodistas analizan con lupa las fibras más sensibles del poder y escarban en las acciones que

no necesariamente se hacen bien en la administración pública.

Contamos lo malo, pero también lo bueno sin necesidad de hacerle publicidad al poder de turno. Tenemos también la capacidad de contar los hechos más inspiradores sin que necesariamente estén atados a la palabra oficial.

Este oficio trata de darle voz a las personas que sufren por la falta de medicamentos e insumos en un hospital público, a los que están angustiados por la falta de empleo, a las víctimas del aumento de la criminalidad y a los funcionarios que transitan reñidos con la ética y la transparencia.

El buen periodismo no representa una plataforma de propaganda de los funcionarios, no le hace relaciones públicas al poder y tampoco le da una palmadita en la espalda al gobierno por hacer el trabajo para el que fue elegido.

No se puede hipotecar una carrera



Contamos lo malo, pero también lo bueno sin necesidad de hacerle publicidad al poder de turno.

con acciones absolutamente anti-profesionales y lapidarias en el ejercicio periodístico.

Resulta también ofensivo para un periodista que cualquier gobierno pretenda usarlo de relacionista público sin comprender la naturaleza de su trabajo y tampoco el suyo. Por eso insisto: es fundamental que los dos sectores se ubiquen en veredas separadas.

No solo pasa porque un gobierno comprenda la dimensión e importancia de la libertad de expresión sino también la responsabilidad que los votantes depositaron en él para que haga las cosas sin necesidad de propaganda.

No solo la información oficial

El equilibrio periodístico se construye con la suma de valores puestos en práctica, pero en Ecuador está claro que varios periodistas sufren todo tipo de carencias. Escasean el tiempo, el respaldo financiero, los equipos, el apoyo logístico y los recursos humanos, y en medio de esta crisis los reporteros suelen terminar presos de la dependencia.

Algunas salas de redacción tienen déficit de personal y el proceso de asignación termina siendo reactivo, sin mayor espacio para la investigación o los reportajes a profundidad.

Con tal nivel de estrechez, un alto porcentaje de la cobertura diaria consiste en asistir a ruedas de prensa convocadas por políticos y funcio-

narios. Sin mayor espacio para contrastar, la cobertura diaria de la rueda de prensa oficial podría terminar por trasladar sin balance y sin contrastación el mensaje que el vocero político quiere transmitir. Hay que luchar día a día por evitar que esto ocurra.

Por esta razón, es fundamental abrir los espacios y los tiempos para abordar más temas y coberturas. Siempre hay maneras para ser más recursivos y creativos en la cobertura de campo, de investigación y ampliar el abanico de historias que podemos contar desde nuestra labor.

Como corresponsal de noticias he aprendido que es posible hacerlo sin dejar de lado el rigor y la fidelidad de los hechos.



Credibilidad, divino tesoro

En la medida en que la labor editorial se apunte en los valores antes mencionados, el periodista podrá pulir su único patrimonio: la credibilidad. Sin embargo, el auge de las redes sociales y el delirio por la inmediatez han distorsionado de manera progresiva la ruta.

El andarivel comunicacional sobre el que circula el periodismo depende en buena medida de la confianza de la audiencia respecto del medio o el profesional de la información que entrega un contenido. Así como un grupo de alumnos confía que es verdad lo que enseña un maestro, o una comunidad de feligreses cree en la palabra del sacerdote, una audiencia se entrega a un noticiero o a un periódico bajo la convención de que las noticias son auténticas.

Esa relación de confianza se sostiene únicamente en la credibilidad y es un vínculo que se observa claramente, por ejemplo, en los altos

niveles de sintonía que reportan ciertos canales o cadenas durante jornadas electorales o eventos noticiosos trascendentes. Cuando un público busca únicamente información, sin el gancho previo o posterior de una telenovela o de un programa de entretenimiento, acuden puntualmente a esos pocos medios que proyectan más seriedad y prolijidad.

La vocación nos obliga a atesorar la credibilidad por encima de la popularidad de las redes sociales o de la primicia tropezada que luego se convierte en noticia falsa o fuera de contexto. Pero además hay que cultivar la credibilidad sobre la base de la independencia.

La excesiva cercanía con ciertas fuentes o las simpatías con los círculos de poder podrían dar paso a un conflicto de interés en el que un bien individual terminará teniendo más peso que el bien común.

Los periodistas que estamos domiciliados en Quito estamos más expuestos a la noticia política y muchas veces se podría pensar que cubrir política es más importante que cubrir historias humanas, económicas o judiciales. El desarrollo silencioso de esta empatía con la política puede derivar en afinidades, y las afinidades eventualmente podrían tornarse en favores o en “oportunidades” laborales paralelas. Debe ser una tarea muy compleja procurar una independencia y tratar de convencer a un público si se venden servicios de asesoría a

funcionarios y candidatos.

Está claro que la credibilidad es una moneda devaluada en manos de un político y que muchos buscan recuperarla acercándose a periodistas que gocen de buena reputación, pero el efecto seguramente será contraproducente para ambas partes si una de ellas declina. Dicho esto, muchos políticos no discriminan entre popularidad y credibilidad y suponen que lo uno conduce a lo otro. Lo primero sirve para vender; lo segundo simplemente no se puede comprar.



Ana
María
Cañizares

Periodista de televisión y radio. Máster en Comunicación Política con Estudios de Derecho Constitucional y Democracia. Corresponsal de CNN en Español. Antes, reportera de Teleamazonas.